

ENIGMA DE LA ROSA

A Emilio Carballido

Aria celeste, fábula de espuma,
espejo de la nube o llama quieta,
golpes de vida oscura levantaron
tu infalible palacio de silencio,
tu orden luminoso, tu diadema
de hielo y hermosura.

En soledad te inventas y te eriges
-estatua centelleante de tí misma-
mientras el grillo, en las dormidas hierbas,
toca su verde flauta de rocío.

Y eres-bajel anclado entre tus hojas,
dinástica belleza muribunda-
ese sueño que en largas noches ciegas
tus raíces soñaron,
el angélico paso que corona
una escalera de tinieblas.

De una mina de sombras ascendiste
por la lenta clausura de tu tallo,
bebiendo en negra copa misteriosos licores.
Y tu rostro de luces congeladas
un gran secreto se desnuda y mira
y la oculta raíz conoce al astro.

¿Qué lúcida potencia te conduce
a los reinos del sol y quién te guía
por mudos laberintos tenebrosos
hasta tu cima de fugaz estrella?
¿Quién eleva
tu ordenada presencia prodigiosa?
¿En qué nocturna veta cristalizas
tu radiante sistema?
¿Dónde aprendes tu oficio de existir,
si naces vuelo?
¿Qué manos alquimistas te decretan?
¿Qué ángel enigmático te toma entre los dedos,
te sube de las sombras terrenales
y te deja flotando, perla mágica,
entre tu patria original y el cielo?

Golfo donde la inmóvil materia de la tierra
empieza a ser oceánicas espumas,
mar contenido en el sonoro hueco
de las manos del aire,
irisado reinar, rostro del fuego,
por tu alcázar de llamas
o tu tiara de hielo cincelado
sabe el hombre que bajan sobre el mundo
las selladas sonrisas del misterio.